

## CAPÍTULO VI

## COMIENZO DEL GOBIERNO

Recompensas á los que tomaron parte en la revolucion.—Regreso de Bestusheff.—Primeras disposiciones.—Política exterior.—Optimismo de Catalina.—Popularidad de Catalina

La cuestion acerca de si Catalina fué el centro de accion del golpe de Estado ó de si la iniciativa partió de otras personas se puede resolver fácilmente teniendo en cuenta la conducta observada por la emperatriz inmediatamente despues de su advenimiento al trono. Si los Orloff ó la princesa Daschkaw hubieran tomado en el drama de 28 de junio (9 de julio) una parte mas principal que Catalina, habria podido suceder que estos distintos personajes, que pertenecian, en parte, á grupos opuestos, hubiesen puesto en peligro la unidad del pensamiento durante los primeros tiempos del gobierno, valiéndose de innumerables intrigas y comprometiendo de esta suerte el buen éxito conseguido por la emperatriz.

Catalina, durante el golpe de Estado, observó una conducta imponente, tranquila y circunspecta. Algunos rasgos descritos por un testigo presencial, Panzié, demuestran que, al ocupar el trono y en medio de sucesos turbulentos, la emperatriz con su majestuosa serenidad produjo gran impresion y con la minuciosa atencion que puso en los menores detalles se mostró siempre á la altura de su situacion difícil (1). Es indudable que la prudencia y presencia de ánimo que la emperatriz mostró en los momentos criticos, durante los primeros dias de su dominacion, contribuyeron mucho á robustecer su autoridad soberana. Catalina tenia que demostrar que tenia capacidad para ocupar la posicion por cuya conquista tanto se habia afanado.

En efecto no se contentó con ser una regente durante la menor edad de su hijo, sino que quiso ser emperatriz y soberana absoluta.

Otros que tomaron parte en el destronamiento de Pedro no lo hicieron con aquella mira; así por ejemplo la princesa Daschkaw y Nikita Panin pensaban solo en una regencia de Catalina, en cuyo sentido se habian puesto de acuerdo antes del golpe de Estado el profesor del gran duque y la amiga de la emperatriz (2). El hecho de que Catalina antes é inmediatamente despues de la accion no tuviese noticia de tales designios nos demuestra que nadie mas que ella tenia entre las manos los hilos de la conspiracion. Confirma esta verdad además el resultado de algunas reformas públicas que le propuso Panin.

Cuéntase que Panin habia preparado una promesa que debia firmar la emperatriz y en la cual esta se comprometia á gobernar solamente hasta que Pablo llegara á la mayor edad; pero que contra esta limitacion protestaron los oficiales de la guardia, que eran de los principales conjurados (3).

(1) Entre otras pruebas de ello, tenemos la serenidad con que, en el ardor de los acontecimientos del 28 de julio, tomó el mando, cambió por la suya la firma de Pedro en el nombramiento de chambelán dado á Scheremeteff, y dió otras instrucciones, todo lo cual puede verse en las Memorias de Panzié en la *Russkaja Starina*, I, 221-223.

(2) *Memoirs of the princess Daschkaw*, I, 60-61.

(3) Ssolowieff, XXV, 258.

Segun otra version, Catalina se decidió á firmar la promesa, pero los Orloff procuraron que recuperara de nuevo aquel documento, presentado ya al Senado, lo cual fué causa de descontento en muchos círculos (4). Tambien Rasumowsky, segun se cuenta, habia emitido la opinion de que Catalina solo debia gobernar como madre de Pablo (5).

Lo cierto es que en ninguno de los manifiestos que dió Catalina á su advenimiento al trono se habló de limitacion política ni de término de su poder, pues estaba lejos de querer entregar, al cabo de algunos años, el cetro conquistado. Se sabe que despues, especialmente en los últimos años de su gobierno, existió cierta oposicion entre Catalina y su hijo; pero nadie se atrevió á defender con energía los derechos que, en todo caso, pudiera tener Pablo. En los primeros tiempos del reinado de Catalina no se planteó esta cuestion en las esferas oficiales y solo se habló de ella en los círculos de la oposicion. La absoluta soberanía de Catalina fué un hecho consumado.

Un gran número de manuscritos que la emperatriz coleccionó nos ilustran bastante sobre el gobierno personal de Catalina. En el primer dia, dió una orden, escrita de su puño y letra, al Senado para cuidar durante su ausencia de Peterhof «de la consolidacion del trono;» confirió plenos poderes á Talyem, en Cronstadt, para que obrara en su nombre; y firmó una serie de rescriptos de índole diversa. Al dia siguiente, escribió un considerable número de cartas á Ssaltykoff, Talyem y Chernischeff relativas á su advenimiento al trono y á la abdicacion de Pedro y dió disposiciones para que se distribuyeran las debidas recompensas con motivo del buen éxito conseguido. La lista redactada por la emperatriz comienza con Gregorio, Alejo y Teodoro Orloff, siguiendo luego los oficiales Passek, Bredichin, Barjatinsky y otros. Por su propio impulso concedió dinero y vasallos; señaló los ascensos en el ejército y dispuso los nombramientos para los cargos de importancia. A cerca de un millon de rublos ascendió la suma de los presentes en dinero que despues de su advenimiento al trono se otorgaron (6).

Era preciso adoptar algunas medidas respecto de los partidarios del anterior gobierno; pero en esto se observaron una prudencia y unas consideraciones hasta entonces desusadas en Rusia. Luego hubo que atender á los parientes de Pedro. A los tres dias, el príncipe Jorge de Holstein regresó con su familia á su patria; la emperatriz, en una carta escrita de su puño y letra, manifestó el sentimiento que le habian causado las violencias de que esta familia habia sido víctima

(4) *Russkaja Starina*, IV, 380. Véase acerca de esto las *Curiosidades*, de Wisin, y las observaciones de Bernhardt, II, 2, 194. Castera, I, 131-132. *Archivo ruso*, 1877, II, 360.

(5) Es de observar que Kobeko en su obra sobre el gran duque Pablo, San Petersburgo 1882, no da importancia alguna á esta cuestion.

(6) Véase la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, VII, 108.

por parte de la soldadesca: nombró al príncipe administrador del Holstein y le envió 150,000 rublos con la promesa de mandarle mas si era necesario (1). Las tropas del Holstein pudieron volver por mar á su patria, pero una parte de ellas pereció en un naufragio (2). Conminóse á todos los que poseian retratos del emperador Pedro III á que los presentaran á los funcionarios del gobierno (3), y á la favorita de Pedro, Isabel Woronzoff, se le dió orden de residir en Moscou cerca de sus parientes, expresando la emperatriz el deseo de no volverla á ver en la corte (4).

Es interesante la conducta que observó Catalina con las personas que, cuando el golpe de Estado, vacilaron en prestarle el juramento de fidelidad.

El canciller Miguel Larionowitz Woronzoff se presentó el dia del golpe de Estado en San Petersburgo, en nombre del emperador. Al preguntarle la emperatriz si habia ido allí para prestar juramento, contestó que no le era posible por el momento, porque el emperador le habia enviado

á la capital para saber lo que en ella ocurría. «En ese caso, dijo Catalina, no tomareis á mal que dé orden de que os detengan en vuestra propia casa; por lo demás y en lo que á vos toca, no paseis cuidado alguno.» Woronzoff fué en seguida conducido á su casa por dos oficiales (5). Su arresto fué de muy corta duracion, pues apenas tuvo noticia de la muerte del emperador, prestó el juramento de fidelidad á la emperatriz y conservó, por algunos meses, el cargo que desempeñaba; pero la difícil situacion en que se encontraba, en sus relaciones con Panin y G. Orloff, le obligó á pedir su retiro y á marcharse al extranjero, donde murió algunos años despues (6).

El anciano general Münnich, que despues de veinte años de destierro en la Siberia, habia recibido de Pedro la libertad, contóse, durante el corto reinado de su libertador, en el número de sus principales consejeros. En el momento del golpe de Estado, procuró animar al desesperado emperador, aconsejándole que huyera al extranjero. Despues de la caída



Medalla de la coronacion de Catalina II. Del tamaño natural. Tomado del original que posee el consejero de Estado J. Iversen, en San Petersburgo. Dibujo de Carlos Leonardo Becker

de Pedro, prestó juramento á la emperatriz, esperando atraer á esta á las reformas políticas que él habia concebido y poder ocupar un elevado puesto en las instituciones por él imaginadas; pero tuvo que contentarse con el cargo de director general de los puertos del mar Báltico y concluyó su carrera en Rusia del mismo modo que la habia comenzado muchos años antes, á saber, siendo ingeniero de puertos y canales. Con gran tacto y benevolencia dominó la emperatriz hasta lo último la ambicion de Münnich y oyó con indulgencia los pesados planes de reforma con que de continuo la acosaba (7).

El mismo Wolkoff, que ya antes del advenimiento de

(1) Memorias de Panzié. *Russkaja Starina*, I, 228.

(2) Castera, I, 168, dice que aquellos infelices fueron ahogados.

(3) *Historia notable de Pedro*, pág. 31. *Idem*, Danzick, 1762, pág. 79. Masson, I, 238.

(4) Véase la carta de Catalina á Jelagin en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, VII, 149. Compróse para ella una casa en Moscou.

(5) Segun la relacion de Panzié, que en aquella ocasion se encontraba detrás de la silla de la emperatriz. *Russkaja Starina*, I, 222. Segun otros, el mismo Woronzoff pidió que lo arrestaran para encontrar una justificacion á los ojos de Pedro III.

(6) Véase la solicitud de retiro en el *Archivo del príncipe Woronzoff*, VII, 609.

(7) Véanse los *Planes* de Münnich, pág. 184. Ssolowieff, XXV, 23 y 135. Véase la correspondencia con la emperatriz en 1762 en la *Ilustracion para geografía é historia*, de Buschings, XIV, 411-478.

Pedro al trono era el confidente de este y habia desempeñado como tal un papel importante, supo ganarse el favor de la emperatriz, justificando, en muchas cartas dirigidas á Orloff, su conducta durante el reinado de Pedro y mostrándose en ellas muy severo para con su antiguo soberano (8). Wolkoff recibió el nombramiento de gobernador. Gudowitz que habia llegado á adquirir la posicion de favorito se retiró á sus posesiones. Pocos fueron los partidarios de Pedro, entre ellos Melgunoff, que permanecieron algunos dias en la cárcel. Ningun gobierno se habia mostrado hasta entonces tan clemente para con los partidarios del que le habia precedido. Los mismos Schuwaloff, de cuya hostilidad tantas pruebas tenia Catalina, fueron tratados con benevolencia y consideraciones; sin embargo es de observar que, á poco de haber ocurrido la revolucion, se retiraron á la vida privada (9).

Uno de los primeros actos del gobierno de Catalina fué llamar á la corte al ex-canciller de la emperatriz Isabel, A. P. Bestusheff, el cual desde principios de 1758 vivia desterrado en una de sus posesiones. Ya se deja comprender que Catalina, que en los tiempos criticos y de humillaciones se

(8) *Russkaja Starina*, XI, 490.

(9) Acerca de Ivan Schuwaloff, véanse algunos detalles en Ssolowieff. Lista de las personas de los distintos grupos en el *Siglo diez y ocho*, III, 343-354.



había asegurado el apoyo y la amistad secreta de aquel experto hombre de Estado, se acordaría después de él; así es que apenas consumado el golpe de Estado, envió un comisario al lugar del destierro de Bestusheff, con la noticia del cambio de gobierno y con la invitación para que se presentara inmediatamente á la emperatriz (1). Bestusheff había sido formalmente condenado como reo de Estado; pero entonces se procedió á su rehabilitación por medio de un manifiesto de la emperatriz, en el cual se calificaba la sentencia condenatoria de error y resultado de las intrigas. Al propio tiempo, se publicó el nombramiento de Bestusheff para el cargo de «primer consejero imperial y primer miembro del imperial Consejo» con una asignación anual de 20,000 rublos (2). Él y Panin se dedicaron, durante los primeros tiempos del gobierno de Catalina, á los asuntos de política exterior; sin embargo, Bestusheff no recuperó la consideración de que gozaba como canciller en la época de Isabel. Hasta lo último gozó de la benevolencia personal de la emperatriz, la cual comenzaba una porción de cartas á él dirigidas con las palabras Papá Alejo Petrowitz y tomaba en consideración sus consejos en los asuntos de importancia.

Otras muchas personas que se habían encontrado envueltas en la ruina de Bestusheff regresaron también á Rusia: Jelagin fué nombrado secretario de gabinete, Adaduroff presidente del Colegio de manufacturas, etc., etc. (3).

Una de las tareas más importantes á que había que dedicarse, era mejorar algunas disposiciones severas é injustas del anterior gobierno. Ciertas personas que, en los comienzos del reinado de Isabel, habían sido desterradas por la llamada conjuración de Botta, pudieron regresar á Rusia: así aconteció con los Lopuchin y los Liliensfeld; la viuda de Apraxin recibió considerables auxilios (4), y Lestocq recobró una parte de los bienes que le habían sido confiscados en aquel tiempo (5). Un director de correos, Wagner, de Pillau, que había sido enviado en 1759 del modo más brutal á Siberia, fué puesto en libertad (6). Hubo también otros actos de gracia y ricos presentes; Biron recibió 20,000 rublos para comprar un servicio de plata; Rasumowsky un préstamo, sin interés, de 60,000 rublos. Al médico Souchay, que había cuidado á Catalina durante su juventud, le fué asegurada una pensión. Panzié recibió 50,000 rublos que le debía Pedro III, etc., etc.

En estos actos de liberalidad pueden verse rasgos de disipación á costa del erario público, y del mismo modo se pueden considerar el esplendor de la corte, los costosos viajes y los ricos presentes á los favoritos que se notaron durante el reinado de Catalina II; pero también en algunas de estas medidas que se tomaron pueden verse la bondad, la gratitud por los servicios anteriormente recibidos, un sentimiento de equidad y el deseo de enmendar pasadas injusticias. La emperatriz supo desde un principio armonizar la consideración y la bondad en el trato de las personas de distinta posición, con la dignidad imperial y con su imponente proceder. Casi todas las disposiciones, aun las más insignificantes, partieron de la iniciativa personal de la emperatriz. Familiarizada hacia mucho tiempo con las personas y con los negocios, conservaba en su memoria los menores detalles de los asuntos, mantenía, en los primeros días, ani-

(1) *Memorias del príncipe Schachowskoi*, II, 139.

(2) *Ilustración de la Sociedad histórica*, VII, 141-143. En el manifiesto impreso relativo á Bestusheff faltan estas palabras escritas de puño y letra de la emperatriz. Véase Ssolowieff, XXV, 150.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, VII, 128-131.

(4) *Id. id.*, VII, 228.

(5) *Id. id.*, VII, 129-130.

(6) *Rusia antigua y moderna*, 1875, II, 53.

mada correspondencia con un gran número de personas y estaba tan dispuesta á recibir lecciones de todos como á prescindir de los consejos aislados. En su conversación con el vanidoso Bezky, que se atribuía á él solo el éxito del golpe de Estado y por ello exigía el reconocimiento de la emperatriz, la cual con gran tacto y dulzura le apaciguó, confiándole el encargo de vigilar la terminación de la corona para la próxima fiesta de la coronación (7); en sus deliberaciones con el príncipe Schachowskoi, experto funcionario del tiempo de Isabel, por quien se hizo iniciar en algunos detalles de la administración (8); en su trato con J. J. Sievers, que figuraba entre los primeros funcionarios administrativos (9); en sus cartas á Rumanzoff, que, estando al frente del ejército, fué destituido y llamado luego á desempeñar un cargo de mayor importancia (10), en todo mostró Catalina aquel proceder majestuoso, al propio tiempo benévolo y amable, que es testimonio infalible de superioridad moral, de sensibilidad exquisita, de gran fuerza de voluntad y de actividad para el bien común. La bondad, unida á la energía, de la emperatriz, su intervención en todos los asuntos del gobierno, la decisión con que trataba todas las cuestiones y procuraba llevarlas á término, la independencia y claridad de su criterio, todo esto formaba un contraste favorable para ella, con la indolencia y parsimonia de Isabel y con la conducta cómica, impremeditada y ruda de Pedro III. Todos cuantos se acercaron á la emperatriz pudieron, ya desde los primeros días de su gobierno, comprender que el principio monárquico había adquirido con ella una representante dotada de cualidades verdaderamente extraordinarias y excepcionales. Desde el primer momento de su soberanía, demostró Catalina aquella capacidad para gobernar que fué la admiración de los contemporáneos y de la posteridad. Su persona ejercía una influencia fascinadora.

Solo á modo de excepción encontramos juicios de censura para ella, tales como el de Mercy-Argenteau, el cual se expresa en términos desdeñosos acerca «del orgullo» de Catalina, escribiendo, entre otras cosas, que el carácter personal, constituido por enérgicas pasiones y raras ideas, de la emperatriz rusa, influyó poderosamente en bien y en mal en su gobierno, con la singularidad de que el bien era más difícil de esperar que el mal de conseguir. Al propio tiempo decía Mercy en tono de convicción que Catalina, con su altanería, «adoptaría siempre un tono soberbio y dictatorial (11).»

Ya se comprenderá por esto que las tendencias mostradas por Catalina en punto á política exterior no correspondían á los deseos del embajador austriaco. Este, en un principio, saludó la revolución como un fausto acontecimiento, habiendo escrito que reinaba en todas partes inmenso júbilo; pero pronto se convenció de que con ese cambio ocurrido en el trono ganaba muy poco el Austria. Aun cuando la emperatriz no tenía motivo alguno para ofrecer al rey de Prusia las inauditas ventajas que le había concedido Pedro III, y aun cuando se introdujeron algunas modificaciones en las condiciones de paz establecidas entre Pedro y Federico, no se notó en Rusia variación alguna notable, después del golpe de Estado, en sus relaciones con el Austria y con la Prusia. En el citado escrito de Mercy, se esfuerza este en hacer constar que no ha de ocurrir ningún cambio de sistema, que no se ha de reanudar la alianza con el Austria y contra Prusia. En un principio decía «que la emperatriz estaba decidida

(7) Véase la escena descrita en las *Memoirs of the princess Daschkaw*, I, 101. *Rusia antigua y moderna*, 1875, I, 23.

(8) *Memorias del príncipe Schachowskoi* (rusas), II, 143.

(9) Blum, *Un hombre de Estado ruso*.

(10) Documentos de Catalina publicados por Smirdin, III, 185-187.

(11) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XVII, 460.

á permanecer fiel á sus antiguas alianzas,» y el mismo Panin, en sus conversaciones con el diplomático austriaco, reconoció la necesidad de contener la supremacía de Prusia, pero añadió á continuación que el estado de aniquilamiento de Rusia imponía á la soberana algunas limitaciones, etc. Pronto se vió claramente que era inútil pensar en una nueva guerra de Rusia y Austria contra Prusia. La resolución de Catalina de mantenerse en paz con el rey de Prusia fué calificada por Mercy de «precipitada y extravagante:» el embajador estaba convencido de que era una «idea nacida de un error predominante (1).» En vano pensó Mercy influir en Panin y en la princesa Daschkaw para que la política rusa se inclinara del lado del Austria; siempre se encontró con el pretexto de que Rusia necesitaba la paz.

Véase claramente que Rusia no iría tan fácilmente como antes á remolque de Prusia ó de Austria. Catalina no se dejaba influir por nadie ni aun en las cuestiones de política exterior. Bestusheff no quería oír hablar ni de Prusia ni de Francia: Panin concibió un plan muy complicado de un nuevo sistema, «concierto ó acuerdo,» es decir, de una alianza de Rusia con Prusia, Inglaterra, Polonia y Escandinavia en contraposición á la alianza formada entre Francia, España y Austria. Catalina, una vez que hubo empuñado las riendas del gobierno, supo, aun en punto á política exterior, proceder por su propio impulso, no dejándose imponer ni por sus ministros, ni por los embajadores extranjeros, ningún sistema ni doctrina política. Esterhazy había desempeñado un papel importante durante el gobierno de Isabel; Goltz y Schwerin habían sido los consejeros de Pedro III; pero cuando Catalina arrojó en la balanza el peso de una política independiente así respecto del Austria como respecto de Prusia, pudo conocerse que con su advenimiento al trono entraba en la vida internacional un nuevo y robusto factor, una potencia de la cual no podía disponerse á voluntad, con la cual debía contarse y cuyas opiniones debían tomarse en consideración.

La emperatriz tenía razón al sentar el principio de que Rusia, después de los esfuerzos hechos durante tantos años en la guerra contra Federico el Grande, necesitaba la paz. En una Memoria que escribió después, y en la cual enumeraba todas las victorias conseguidas durante los primeros años de su gobierno, se hace resaltar el hecho de que, al subir Catalina al trono, la hacienda se encontraba en completa postración, habiendo tenido que lucharse con un déficit de muchos millones; el comercio estaba paralizado á causa del monopolio; el valor de la unidad monetaria rusa había bajado considerablemente; la marina estaba abandonada y el presupuesto del ejército de tierra, en cambio, cargado con exceso; se había desposeído al clero de sus bienes, sin asegurarle, en compensación, una pensión del tesoro público; por todas partes se habían amotinado los vasallos; el derecho se compraba, etc., etc. Después de esta descripción, explica la emperatriz lo que en pocos años se había hecho para acabar con tan deplorable estado de cosas, bien que exagerando un tanto los efectos de sus tentativas de reforma (2).

Sin embargo, preciso es confesar que Catalina mostró desde los primeros días de su gobierno una gran actividad personal en lo que á política interior se refería.

Pocos días habían transcurrido desde el golpe de Estado, cuando convocó á los miembros del Senado en el palacio de verano, donde residía, y donde debían celebrarse las sesiones de aquella asamblea, en las cuales quería tomar parte. Al formularse en la primera sesión la queja de que el erario

(1) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XVIII, 425, 428, 483.

(2) *Archivo ruso*, 1866, pág. 58-60.

público estaba exhausto, manifestó Catalina que ponía sus bienes particulares á la disposición del Estado, pues desde aquel momento no reconocía diferencia alguna entre sus propios intereses y los de la nación. A la carestía de granos que se notaba atendió prohibiendo la exportación de cereales. Algunas disposiciones del anterior gobierno fueron revocadas por considerarlas inútiles y prematuras. En otras cuestiones que exigían más detenido exámen, Catalina fué la primera en proponer que fuesen aplazadas. En el espacio de pocas semanas, es decir, hasta el 1.º de setiembre, fecha en que fué á coronarse á Moscou, tomó parte en quince sesiones del Senado. Consecuencia de ello fueron una serie



Retrato medalla del canciller Bestusheff. Tamaño natural. Tomado del original que posee el consejero de Estado J. Iversen, en San Petersburgo. Dibujo de J. Samuel.

de disposiciones que contribuyeron en gran manera al bienestar material del pueblo, tales como la rebaja del precio de la sal, la supresión de algunos monopolios y privilegios y el liberto al comercio de ciertas trabas que lo oprimían. Los templos, cerrados en tiempo de Pedro III, pudieron ser nuevamente abiertos; en cambio se aplazó la cuestión de la secularización de los bienes del clero. Era en extremo difícil atender á los levantamientos de vasallos que se repetían con harta frecuencia; la emperatriz procuró, aunque en vano, restablecer la tranquilidad por medio de algunos mandatos y disposiciones. La cuestión de la creación de un Consejo del reino, asamblea que debía estar por encima del Senado, fué una de las que llamaron la atención de la emperatriz desde los primeros días de su gobierno (3).

Consérvanse de aquella época algunas resoluciones marginales que demuestran la intervención inmediata de Catalina en los negocios y los esfuerzos que hacía para familiarizarse con los detalles de la administración y de la legislación. Estas cortas observaciones, ingeniosas y contundentes, son prueba de gran profundidad de espíritu; en ellas se encuentra demostrado que Catalina á todos los intereses privados anteponía el interés general (4). La manera que tuvo la emperatriz de censurar la conducta de los senadores exigiendo de ellos más abnegación, más celo por los intereses generales, trae á la memoria el modo incisivo y severo de gobernar de Pedro el Grande (5).

Siempre recordó Catalina, en los posteriores tiempos, aquellos comienzos de su gobierno, complaciéndose en detallar las dificultades que entonces hubieron de vencerse.

(3) Véase el trabajo de Ssolowieff sobre el Senado durante los primeros tiempos del gobierno de Catalina. *Rusia antigua y moderna*, 1875, I, 22-28.

(4) Véase Ssolowieff, XXV, 276, 358.

(5) *Idem*, XXV, 262-263.